

ALMACEN  
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 10 DE OCTUBRE DE 1844.

Varietades.

LITERATURA.

La religion á pesar de la severidad de sus máximas y preceptos, abre tambien su blando seno á las dulzuras y bellezas de la literatura, y santifica los esfuerzos del ingenio, que unas veces con ternura, otras con amor, y otras con celestial entusiasmo aviva y perfecciona la inteligencia, y suaviza y enciende los afectos del corazon á donde penetran sus inspiraciones. Las bellas letras han sido y serán siempre un medio de civilizacion de los mas poderosos que han reconocido todos los talentos superiores dotados de la sencillez y candor de las almas generosas que la Providencia crea para consuelo de la humanidad. Estos sublimes tipos descuellan con su asombrosa magnitud en la infancia de los pueblos, época de poesia y de altas emociones, en que el poder del sentimiento movido por la armonía, amansó la rudeza del hombre y eternizó los milagros obrados por su mágica influencia. La historia de los siglos los recuerda y los reproduce para bien del género humano y para conmemoracion de sus inocentes victorias. Sus tareas son una ofrenda immaculada



colocada en el altar de la civilización, que el cristianismo mira y acepta con agradable sonrisa.

Por esta causa procuraremos nosotros hacer grata la lectura del *Semanario Católico* templando la severidad de las doctrinas y de la discusión, con los innumerables medios que la literatura sagrada suministra al genio, para amenizar las obras del entendimiento y hacer amable la verdad con las galas que le son propias, y con las que salió vestida del cielo. Nuestro pensamiento no tiene necesidad de apología ni de justificación: anunciarlo es anunciar una idea clara y universal, es predestinar su triunfo y su aclamación. Con todo indicaremos alguna cosa en abono de los escelsos motivos y sublimes fines por los que la religión cristiana recibe en su seno y en su celestial economía, todo lo que eleva al hombre, mueve y perfecciona su mente y engrandece su ser: todo, en fin, lo que entra en el dominio de las artes liberales, que cultivando la naturaleza del hombre, le aproxima mas y mas á la nobleza y dignidad de su primitivo origen.

Es sabido el poderoso imperio que las bellas letras ejercen sobre el entendimiento humano, y con especialidad sobre el corazón. Su lenguaje vivo y enérgico va derechamente al sentimiento por medio de imágenes y de comparaciones, buscando en la vasta extensión de la naturaleza, ya los tipos, ya los lineamientos de todo lo que es bueno, agradable y ordenado. ¿Podrá pues la religión mirar con aversión ó con desden un objeto tan noble, para cuyo desempeño están abiertas las fuentes de la naturaleza y el sorprendente espectáculo de la creación con todos sus seres y sus parentos? Cuando el filósofo cristiano contempla el orden físico y el moral, cuando considera el maravilloso enlace que une y estrecha al criador con las criaturas, cuando observa la magestad del mundo, la proporción de sus formas y la sabiduría de sus leyes, y que toda la naturaleza es un evangelio patente y expresivo, á quien el evangelio de Jesucristo se ha encargado de perfeccionar y de dirigir en alabanza del autor soberano y en beneficio del hombre, su hechura predilecta, ¿cómo no apreciará la cooperación que prestan á misión tan gloriosa, los genios aventajados y los corazones sensibles que conociendo su inefable armonía, aspiran á ensalzarla y eternizarla, y á hacerla conocer de sus semejantes? ¿No son ellos los que nos llevan al examen y admiración del vasto plan que teniendo su origen en la eternidad de Dios, vuelve al mismo principio, después de haberse esparcido en infinitos seres y relaciones y de haber corrido las inmensas escalas de la creación conservando siempre su prodigiosa unidad en medio de la multiplicación de sus formas?

El Criador ha concedido al hombre, genio, capacidad y sentimiento para que cultivando estas admirables dotes se haga digno de su infinita largueza y se diferencie de los seres materiales é insensibles. Por eso nosotros aplaudiremos á los poetas que eleven sus cantos de gratitud al Todopoderoso y que busquen en los libros sagrados, y en el rico manantial de sus naturales instintos aquellos rasgos que nos descubren su grandeza, su sabiduría y su providencia. Los aplaudiremos cuando vayan á las mismas fuentes á recibir las inspiraciones elevadas y nobles del amor á la patria, de la caridad universal, de la paternal ternura, del filial respeto, del honor, del entusiasmo y de las virtudes que conducen al hombre al cumplimiento de los deberes privados y públicos, principio cierto de los placeres, causa de la justicia, base de la paz y fundamento cardinal de las mejoras y adelantamientos á que se encaminan constantemente.



La religion no puede aprobar que se rindan á las criaturas los homenajes debidos al Criador, ni que se les dé el nombre de los atributos incomunicables de la divinidad. Hay abusos que está muy léjos de consentir, pero que se han propagado por la tolerancia con que se miran y reciben los partos del ingenio, cuando les mueve un inocente entusiasmo y repite ó remeda los tonos dulces y sublimes que traen su primitivo origen del cielo. No puede empero tolerar el fomento y la celebridad de ciertos actos que deshonran al hombre, dan una falsa gloria y pueden turbar la armonía de la sociedad y la paz de las familias. Para que sean plausibles los esfuerzos del genio á los ojos de la religion y de la razon, será conveniente que siga la senda trazada por los escritores sagrados, cuyo noble objeto es dar á conocer al ser supremo y mejorar la condicion del hombre.

David cantó en hermosos y elocuentes metros á Dios y á sus obras en el orden natural y sobrenatural: muchos patriarcas, profetas, reyes y varones piadosos, celebraron en cánticos armoniosos las maravillas de la bondad divina y conservaron en himnos el resúmen histórico de los beneficios que habia derramado con prodigalidad sobre la tierra y en particular sobre su pueblo escogido: nuestras iglesias resuenan diariamente con el eco de los instrumentos y de los cánticos entonados en alabanza de Dios y de sus magnificas obras; y en nuestras moradas repetimos las melodías que tienen por objeto elevar al alma sobre los sentidos y darle á conocer aquellas relaciones morales que tambien tiene la materia en los designios del Criador: hallando en este ejercicio pacífico un medio para contemplar el bello espectáculo de la creacion, y un esparcimiento provechoso del ánimo despues de las graves y serias atenciones en el desempeño de los deberes públicos de la iglesia y del estado. Hé aqui como las tareas de los literatos han sido importantes á la causa de la religion y de la humanidad, como han cooperado á la suavidad de las costumbres, y á que se vayan desterrando de la sociedad aquellas maneras rústicas y groseras que caracterizan á los pueblos salvages y á los hombres que no dirigen con rectitud los sentimientos vehementes de que es capaz el corazon y de que solo las virtudes amables son la mejor guia y la mas segura inspiracion. Para nosotros el que no tiene un corazon sensible, ó no sabe reglar sus afectos, ni tiene Dios, ni tiene patria, ni tiene familia; es un detestable egoista. La crueldad del ánimo es el manantial fecundo y hediondo de todas las calamidades públicas y privadas, y la rusticidad en el trato quita á la vida social todos sus encantos y atractivos.

En medio del abuso lamentable que tantas veces ha hecho el hombre de las cualidades brillantes de su espíritu, á pesar de la muchedumbre de producciones que deshonran al genio y al talento, que han esparcido el gérmen que causa la impiedad y la corrupcion, compárense sin embargo sociedades con sociedades, pueblos con pueblos, individuos con individuos, y se conocerá la enorme diferencia que hay entre los que han cultivado las musas y los que no han prestado oido y atencion á sus elevadas inspiraciones. Demos á nuestros entendimientos aquella perfeccion de que son susceptibles, y guíemos nuestra voluntad al cumplimiento de los deberes, ya sea por la conviccion de la verdad, ya por los alicientes que la hacen amable, y estemos seguros de que la religion celebrará y justificará nuestros conatos.

(*Semanario Católico.*)



# Neccrología.

## ILMO. SR. OBISPO DE MENORCA.

(Conclusion.)

(Despues de explicar los fundamentos ó pretextos que dieron márgen á la persecucion del Sr. obispo finado; á saber, el destierro, y por de pronto el confinamiento á Cádiz durante la guerra civil con la ocupacion de temporalidades, prosigue en estos términos el Sr. obispo de Iviza.)

### § IV Y ÚLTIMO.

Al saberse en Ciudadela (capital de su obispado) la noticia, una súbita tristeza se apoderó de todos los espíritus, y á la manera que cuando en un nido quitan la madre á los polluelos; los pajarillos azorados pían y revolotean en torno lamentando á su modo su desgracia, así sucedió con los buenos menorquines. Desde el momento mismo ya no se vió un instante vacío su palacio, todos iban y venian, eclesiásticos y seglares, el cabildo en cuerpo y no pocos particulares acudian presurosos á desahogar su pena, recibir sus instrucciones y consejos; pero quienes mas vivamente manifestaban su sentimiento, eran los pobres; habia sido su padre, y con su ausencia veian desaparecer los recursos que les prodigaba: él, como si no fuera el desterrado, consolaba á todos y daba las mas prudentes disposiciones para asegurar la legitimidad de la jurisdiccion en la diócesis en todo evento, aun el de que se llevase á efecto el cismático arreglo del clero: con la sonrisa en los labios se embarcó para Cádiz á donde llegó el 4 de diciembre, aniversario de su salida de Madrid para la misma ciudad huyendo de Napoleon el 1808.

Desde el momento de su llegada allí mereció al diocesano finas atenciones, y la compañía del angelical y benemérito obispo de Plasencia que se hallaba allí confinado tambien por causa de religion, le fué de mucho consuelo, y aquella piadosa ciudad vió con edificacion á estos dos ilústres proscriptos asistir con su acha en la mano no pocas veces á la vela del Santísimo Sacramento en las cuarenta horas uno á un lado y otro al otro del altar como lo hacen ordinariamente los demas asistentes.

Alli tampoco estaba ocioso. Dios le habia dado cinco talentos, y debia donde quiera negociar con ellos, y así es que publicado el *discurso canónico-legal* del Sr. Vallejo en defensa de los que presentados para obispos eran ó habian sido nombrados, á pesar de los cánones y determinaciones pontificias, gobernadores y vicarios capitulares por los cabildos de las mismas iglesias á que estaban presentados, emprendió la impugnacion en cartas á *lo rancio*, empezando desde el mismo título, cuya impropiedad hacia palpable y mos-



traba poco digna de un buen lógico y jurista, y de las que no pudo estender sino dos porque, adoleciendo de la vista, se le formaron unas cataratas que le imposibilitaron su continuacion. Aun mas; observando, sordo y casi ciego como estaba, que la revolucion, ávida siempre de riquezas, hollando atrevida los cánones, y despreciando los anatemas de los concilios generales, en especial del de Trento, borrando del mapa legal de los gobiernos los imposibles morales para substituir los posibles físicos, estendia sus manos rapaces á los bienes de la Iglesia, y tratando á esta como mercenaria, asalariaba á sus ministros, y entre otras disposiciones señalaba á los párrocos una asignacion menor aun que la que disfrutaba un simple entretenido de oficinas, ó el último portero de una secretaría, dirigió una viva esposicion al gobierno (única de las suyas que se ha impreso) reclamando contra tan injustas providencias, y como sus otras representaciones no habian visto la luz pública, renovaba sus protestas contra todas las tomadas hasta entónces en materias eclesiásticas, las cuales, decia, *detesto y desapruébo*.

Llevaban á la sazón las riendas del gobierno, bajo la égida de Espartero, los Becerras y Alonsos, y fuese despecho por su enérgica claridad, ó por el prurito de perseguir, que al parecer les dominaba, ó no pudiendo sufrir que un obispo no temiese sino á Dios, dieron nuevo impulso á la causa que se le seguía en el supremo tribunal de Justicia sobre la bula, y por él se acordó su traslacion á la Orotaba, la mas mísera de las islas Canarias; y sobreviniendo un nuevo incidente de haberse recibido en su diócesis un rescripto de S. S. concediendo rezo de santa Filomena, la taumaturga del siglo XIX, como si él formase ley, regla ú observancia general, ó contuviese derogacion directa ó indirecta del santo concilio de Trento, que son los casos en que segun las leyes del reino (Ley 9, lib. 2º, tít. 3º de la Novísima, núm. 1º y 2º) deben presentarse al consejo para el pase real, ó fuese un delito atroz, que por él ya no mereciese pisar el suelo español, se le lanzó enteramente del reino.

Esta noticia que para otro hubiera sido sumamente aflictiva, fué para él un nuevo consuelo, porque Dios, que con aquellas tribulaciones exteriores iba esmaltando su corona, le daba al propio tiempo un gozo, una paz y alegría interior, que rebosaba en su semblante. *Voy contento*, escribia desde las aguas de Tarragona en su tránsito para Francia, y luego de su llegada á aquel reino, con la misma apacibilidad y humor festivo que pudiera hacerlo desde su palacio.

Desde Marsella, donde fijó su residencia, dió cuenta á S. S., como ántes lo habia hecho desde Cádiz, de su espatriacion, vicisitudes &c. &c., y tuvo la dulce satisfaccion de que el Santo Padre aprobase las providencias que habia adoptado para conservar ilesa la jurisdiccion eclesiástica en su diócesis, que era todo su deseo. Ausente con el cuerpo de su grey, no lo estaba en el espíritu; y así cuando se estendieron los fatales decretos sobre *atestados*, consultó á la sagrada penitenciaria sobre la licitud ó ilicitud de ellos, y la respuesta á su consulta es el rescripto ó resolucion que anunciaron los periódicos sobre el particular.

En el entretanto los años pasaban y pesaban cada vez mas, los vientos frios y húmedos de aquel país eran sumamente contrarios á su complexion, sus males con esto se arreciaban, los achaques tomaban cada vez mayor incremento, y su delicada salud le hacia preveer que se iba abreviando el tiempo de su destierro en el mundo; pero el Señor le quiso ántes exigir un nuevo sacrificio y testimonio de su fidelidad. Erase el febrero de este año 44 cuando



un alto personaje de la corte se interesó con el gobierno para que le levantasen el estrañamiento, y por medio de una persona de distincion le dirigió una carta afectuosa inclinándole á escribir confidencialmente al ministro ofreciendo prestarse á.... lo que ántes con todo conocimiento y decision se habia negado. Conocido su carácter é ideas religiosas, esto era pedir un imposible, y así lejos de esto aprovechó esta ocasion de renovar su profesion de fe con igual firmeza que siempre. «Ya espero la muerte con tranquilidad,» escribia á un amigo, «porque acabo de firmar mi última confesion de fe católica, y espero que Dios me reciba este sacrificio.» La contradiccion que observaba de las providencias, unas reparadoras y otras esterminadoras, la apresurada enagenacion de los bienes sagrados, la venta y derribo de los conventos &c.; le hacia pensar que no se entraba de veras en el camino del bien, y le llenaba de desconsuelo. «¡Ay pobre Iglesia de España mia!» se le oia esclamar, y al punto una avenida de lágrimas arrasaba sus ojos, y esto indudablemente aceleró sus dias.

El de San José, su santo por escelencia, tuvo alguna novedad mayor; no hacia cama, pero sus fuerzas iban decayendo sensiblemente, y á principios de abril ya se temió por su vida. El 15, en efecto, se le administró el Santo Viático y demas Sacramentos de la Iglesia, que recibió con la mayor devocion, é íntegro hasta el último suspiro, al llegar á la profesion de la fe, volviéndose al magistral de Alcañiz, que era quien le administraba: «No se moleste V., le dijo, yo la diré en dos palabras; y poniéndose las manos sobre el corazon añadió: siempre he sido y soy católico, apostólico, romano, y en esta fe y creencia quiero morir; pero lo dijo con tal fervor y espíritu que todos los asistentes se enternecieron. El 16, como á las nueve ó poco mas de la mañana, unas tres horas ántes de espirar, dictó, aunque con trabajo, un documento ó carta para su cabildo, gobernador eclesiástico, clero y diocesanos, declarando que su fin en haberse puesto en pugna con el gobierno no habia sido otro que el de defender la Religion y la Iglesia, objetos grabados en su corazon.» A poco, vuelto al religioso de su orden que le habia acompañado en todas sus tribulaciones. «Si no estais con mucho cuidado, le dijo, no lo advertireis, ni me vereis morir;» y en efecto, á la una ménos cuarto entró en una agonía tan suave y apacible que los mismos que le estaban auxiliando no advirtieron cuando espiró; ya estaba su alma delante de Dios, y aun no le creian muerto. Tan preciosa es en la presencia del Señor la muerte de los justos.

Así murió el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Juan Antonio Diaz Merino, obispo de Menorca, á los 71 años y diez meses de edad, doce de obispado, siete de su confinamiento á Cádiz, y dos de su estrañamiento. ¡Qué pérdida para la Iglesia de España! ¡Qué vacío en el episcopado español! El Ilmo. Sr. obispo de Marsella, que en cuanto supo su grave indisposicion acudió á visitarle, quiso tambien prestarle por sí los últimos honores, y vestido de pontifical con cuatro canónigos de capas, cuatro diáconos y todo su cabildo, las parroquias todas con su clero respectivo, la comunidad de capuchinos y otras corporaciones invitadas por dicho prelado, fué por el cuerpo á la misma casa, y trasladado con todo este aparato á la santa iglesia catedral, celebró la misa y exequias con la mayor pompa y solemnidad, cantándosele al fin siete responsos, dos por los vicarios generales, cuatro por los canónigos, y el último por el señor obispo. El cuerpo ha quedado depositado en una caja de plomo en la dicha catedral hasta obtener permiso del gobierno para la traslacion á su diócesis, que parece la ha concedido.



¿Y su cabildo? Se dirá. Su cabildo amantísimo de su prelado hasta el extremo, y no queriendo apartarse de su voluntad en lo mas mínimo, tan luego como se empezaron á oír voces del levantamiento del destierro de algunos prelados, ideó pedir por el suyo, y consultó su voluntad para ver en los términos en que queria se hiciera la esposicion, y no habiendo tenido tan presto como deseaban contestacion (sin duda por el estado triste de su salud) se dirigieron al gobierno tanto el cabildo como el gobernador eclesiástico, é interesando á varias personas que pudieran tener influencia con el señor ministro de Gracia y Justicia: mas ya que sus esposiciones no se lograron en la tierra, las habrá sabido en el cielo.

Duélome yo ahora sobre tí, amado hermano mio, amable mas que el amor de las mugeres; como una madre amá á su hijo único, así tu me amabas, y yo te correspondia. ¿Cuántas lágrimas derramaste por ver que yo no compartia tu corona de confesor! ¿Ah! mis muchas culpas é ingraticudes con el Señor no me han hecho digno de tal suerte; pero aun puedes alcanzarme desde el cielo la fortaleza y la virtud. En el entretanto acuérdate en la presencia de Dios de pedir por nuestra amada Iglesia de España, por tu amada diócesis, y en fin por quien, como amigo en vida, te consagra en la muerte este recuerdo, y ofréce á tus venerables hermanos el ejemplo de tus virtudes.

EL OBISPO DE IBIZA.

## Poesía.

### EN LA ORILLA DEL MAR.

Magno misceri murmure pontum.  
VIRGILIO.

I.

En los peseos que á solas  
doy del mar por la ribera,  
entre el rumor de las olas  
oigo una voz lastimera.

¿Qué dice ese sordo acento  
que de la mar se levanta?  
¿Es un himno ó un lamento?  
¿Es voz que llora ó que canta?

Acaso la mar se alegra  
cuando al llegar á la orilla,

cada ola verdinegra  
arrastra alguna arenilla,

Y la arenilla arrastrada  
que de la costa se aleja,  
al canto de la oleada  
mezcla su doliente queja,

Cual forma triste concierto  
del tigre con los rugidos,  
apresada en el desierto  
la gacela con gemidos,

Acaso tambien la mar



con rabia impotente grita,  
cuando algun rayo solar  
alguna gota le quita;

Cual montesino zagal,  
si una res de su manada  
ve del águila caudal  
en las garras remontada,

O cual caudillo indignado,  
que de sus huestes las alas  
ve, de enemigo emboscado,  
cayendo bajo las balas.

¡ Ah ! ¡ quién pudiera entender  
de las cosas el lenguaje  
con que al Infinito Ser  
tributan pleito homenaje !

¡ Oh mar ! ¡ oh mar ! Cuando gimes  
só el peso de algun dolor  
¡ qué lamentos tan sublimes  
hay tal vez en tu clamor !

¡ En cuán delicioso idioma  
deben decirte sus penas,  
Señor, la blanca paloma,  
y las blancas azucenas !

¡ Mas brillante á tu presencia  
que su luz llega sin duda,  
del sol la inmensa elocuencia,  
para los mortales muda !

¡ Quién sabe cuánta enseñanza  
de ciencia y de poesía,  
cuánta fe, cuánta esperanza  
y dulce filosofía,

Los humanos encontraran  
si las lenguas misteriosas  
á penetrar alcanzaran  
de todas, todas las cosas !

Lo que arreando el grano  
van diciendo las hormigas ;  
lo que el aura en el verano  
dice á las rubias espigas ;

Del trueno el hórrido estruendo,

la voz de los vendabales,  
la de la lluvia, cayendo  
en las losas sepulcrales ;

De la tórtola el arrullo,  
de la serpiente el silvido,  
del arroyuelo el murmullo,  
y de la mar el bramido,

Triste, alegre, ronco ó suave,  
del cielo, el agua, ó la tierra  
cualquiera rumor, ¿ quién sabe  
cuántos misterios encierra ?

## II.

Tú acaso sabes, ¡ oh mar !  
ese misterio profundo,  
tú que á Dios viste formar  
las maravillas del mundo.

Ya la luz recién creada  
solo existiais los dos ;  
aun iba sobre la nada  
el espíritu de Dios.

¡ Oh mar ! del orbe en la infancia  
sin duda que en todo habia  
como una dulce fragancia  
y una inefable armonía,

Que de la divinidad  
en cada espléndido acto,  
cual flor de virginidad  
dejó el reciente contacto.

Tu infancia ¡ oh mar ! alcanzó  
aquella edad inocente,  
en que Dios se complació  
en las obras de su mente.

Los campos, las flores bellas,  
las mieses viste nacer,  
y la luna y las estrellas,  
y al hombre y á la muger.

Acaso un recuerdo aun tienes  
de aquellos tiempos felices,  
y su inocencia y sus bienes  
en tu murmullo nos dices.



Ese recuerdo que dara  
en tu hondo pensamiento,  
es el que da esa dulzura  
tan misteriosa á tu acento.

Y por eso algunas veces  
con tu lánguida armonía,  
nuestras penas adormeces  
y exaltas la fantasía.

¿Dónde hay placer como estar  
en una noche serena,  
en tus orillas, oh mar,  
tendido sobre la arena,

Tu inmensidad contemplando,  
ó con religioso anhelo  
las pláticas escuchando  
del aire, el agua y el cielo?

Todo á tu lado es delicia  
para quien tu encanto siente;  
como materna caricia  
pasa el aura por su frente.

Los destellos de la luna  
que en tu espejo se retrata,  
van tus olas una á una  
trocando en líquida plata.

Del éter vago, insondable,  
las esplendorosas luces,  
en tu superficie instable  
sin término reproduces.

Dulce, involuntario llanto  
humedece la mejilla,  
y esclama el ánima en tanto:  
¡Maravilla! ¡Maravilla!

Yo á lo ménos que he sabido  
siempre tu encanto sentir;  
yo que en tu márgen nacido  
quisiera en ella morir;

Cuando en la noche contemplo  
la inmensa escena marina,  
el mas magnífico templo  
de la magestad divina,

Estático alzarme creo  
de los climas terrenales,  
y de luz radiantes veo  
de otro mundo los umbrales,

Hasta que de la resaca  
el rumor ó el son del viento,  
quebrantado en fin me saca  
de mi dulce arrobamiento,

Y entonce á una senda nueva,  
una ilusion mas sombría,  
esclavizada se lleva  
mi movible fantasía.

### III.

Tal vez el triste rumor  
que de tus olas sonoras,  
¡oh mar! con frio terror  
oigo en las nocturnas horas,

Son los quejidos, que apagan  
los clamores con que sueñas,  
de los náufragos que vagan  
en tus profundas arenas.

Lívidos, desencajados,  
en mi ilusion me imagino,  
verlos huir acosados  
por algun mónstruo marino.

Y oigo sus tristes lamentos  
y los contemplo otras veces,  
siendo sus miembros sangrientos  
pasto de voraces peces.

¡Miseros! ¿por qué clamais  
la voz dirigiendo á mí;  
—«los que en los muertos pensais,  
volvéd los ojos aquí?»

¡Miseros!... mas ¡ah! ¿qué digo?  
¡insensato devaneo!  
con tristes ojos los sigo  
y socorrerlos deseo...

Así cerrando el oido  
á la severa razon,  
va mi espíritu perdido  
de ilusion en ilusion.



## IV.

¡ Oh creación soberana,  
 mar, de la mente suprema;  
 de la condicion humana  
 grande y misterioso emblema!

Esa eterna agitacion  
 á que vives condenado,  
 es de nuestro corazon  
 tambien el continuo estado.

Tambien los hombres tenemos  
 bonanzas y tempestades,  
 y mal grado obedecemos  
 superiores voluntades.

Tambien queremos romper  
 alguna vez la barrera  
 que puso el Supremo Ser  
 á nuestra mente altanera,

Como tú quieres, oh mar!  
 cuando tu cárcel te irrita,  
 el arena traspasar  
 que tus términos limita.

Igual es nuestra locura,  
 igual nuestro atrevimiento;  
 la pena en ambos segura  
 nunca engendra el escarmiento.

¡ Delirio y vana osadía!  
 tú al firmamento te lanzas,  
 y á tí el hombre te confia  
 su vida y sus esperanzas.

Sus veleras naves hienden,  
 oh mar! tus brillantes olas,  
 y al anfra vaga se tienden  
 las gallardas banderolas.

Ufanos y alegres van  
 soñando prosperidades....  
 ¡ Mas ay! que ya el huracan  
 amenaza tempestades.

Ya á bordo de los navíos  
 suenan plegarias dolientes;  
 se ven los rostros sombríos,  
 se oyen rechinar los dientes.

Ya, oh mar! por tus aguas flota,  
 ¡ cuánto tesoro arrojado!  
 Luego, ¡ cuánta nave rota!  
 ¡ cuánto marinero ahogado!

¡ Ah! ¡ quién podrá calcular  
 la infinita multitud  
 de los que han ido á encontrar  
 en tí un inmenso ataud!

No fuera mas vano anhelo  
 el que contaros quisiera,  
 brillantes astros del cielo,  
 flores de la primavera!

¡ Oh mar! con ese vaiven  
 que hace un tan triste concierto,  
 ¡ cuántas ciudades tambien  
 con tus aguas has cubierto!

¿ Qué se ha hecho, dó se esconde  
 Tiro la soberbia? Ya  
 ¿ qué es la gran Cartago? ¿ En dónde  
 la antigua Atlántide, está?

Tú lo sabes, mar profundo,  
 en cuyo centro se encierra  
 un inaccesible mundo  
 que fué algun dia la tierra.

¡ Cómo algun dia halagabas  
 á esas ciudades que fueron!  
 Sin duda les reservabas  
 el destino que tuvieron.

Arrullaban sus grandezas  
 tus puras ondas canoras:  
 las colmaste de riquezas,  
 las llamaste tus señoras,

Y luego, con furia impía  
 las sepultastes... ¿ Y quién,  
 quién sabe, oh mar, si algun dia  
 nos sepultarás tambien?

## V.

Como el tiempo irresistible,  
 y como Dios insondable,  
 á veces tan bonancible,  
 á veces tan implacable,



¡ Oh mar ! que unidas presentas  
grandeza é inmensidad,  
y tu poderío ostentas  
como una divinidad,

Yo inclino ante tí la frente,  
y acaso te adoraria  
si ya al Ser Omnipotente  
no adorase el alma mia !

Solo El, mas que tú, se lleva  
tras sí mi imaginacion ;

solo la snya me eleva  
mas que tu contemplacion.

Mas ¡ oh Señor ! nunca admira  
tanto tu inmenso poder,  
como cuando absorto miro  
el mar á que diste ser :

El mar aquí, y en los cielos  
el sol, porque entrambos son,  
cual dos gigantes gemelos,  
los reyes de la creacion !

EUGENIO DE OCHOA.

---

## TEATROS.

---

### *D. Juan de Austria ó la Vocacion,*

*drama en cinco actos, escrito en frances por Casimiro Delavigne, y  
traducido al castellano por D. Mariano José de Larra.*

(Teatro de la Cruz: Madrid, agosto de 1844.)

Ocho años hace, que dos hombres de talento, escribió el uno en Paris y trasladó á nuestra lengua el otro drama de que vamos á ocuparnos. Ninguno de ellos, ni el poeta ni el traductor, existen ya; pagó aquel el tributo á la naturaleza humana no ha mucho; causas de todos sabidas condugeron al sepulcro á este en la flor de su edad, en el apogeo de su gloria, cuando comenzaba á realizar las esperanzas que su genio habia hecho concebir desde luego. Ante esos dos astros que han cesado de lucir, dejando, empero, una huella luminosa, = la de la inmortalidad; = ante esas dos tumbas frias y sosegadas, que encierran al venerable autor frances, y al arrebatado poeta español, sentímonos penetrados de respeto, de uncion y de tristeza. Delavigne y Larra han muerto cuando las letras podrian aguardar mucho de ellos; el primero no estaba ciertamente en la primavera de la vida; pero su talento conservaba todo su vigor; la edad habia blanqueado sus cabellos; pero sin entibiar el fuego de su alma; en fin, si no era ya el fogoso autor de las *Mesenianas*, lo era aun de *La Popularidad* y de *La Hija del Cid*. ¡ Qué contraste, en verdad, entre esos dos hombres ! ¡ Qué diferencia entre sus cualidades, sus obras y su carácter ! Este era el vate de la música clásica; el cantor de las naciones he-



róicas; el apóstol de la gravedad y de la templanza literarias: aquel era el émulo de Juvenal y de Boileau; el eminente y despiadado crítico que todos temían y todos respetaban; el ameno y punzante escritor, que así sabia manejar la sátira, como discurrir por las regiones de la filosofía con toda la profundidad del mas consumado maestro! El uno, acatando el gusto de la época, se hace ecléctico, y despues del *Paria* escribe *Luis XI* y *Los Hijos de Eduardo*; el otro, inflexible en su sistema, juzga sin principios fijos, y ateniéndose á sus impresiones; por último, Delavigne espira en avanzada edad y estinguiese su vida dulcemente, miéntras Figaro pone fin á ella cuando contaba apénas treinta años, en el arrebató de una pasion funesta!

Sí, lo repetimos; al pensar en el diferente é inimitable talento de estos dos autores, al contemplar nosotros las losas que hoy dia los roban á nuestros ojos, sentímonos penetrados de dolor, y lúgubres reflexiones se agolpan á nuestra mente. No es ocasion propicia de ejercer la crítica, cuando en vez de considerar la obra se siente la pérdida de aquellos á quienes es debida; no es momento oportuno de ejercer el difícil ministerio de la prensa, cuando brotan lágrimas los ojos en medio de un infortunio grande, y de una debilidad mayor aun! Y con todo, tan inflexibles son los deberes del periodista, que vamos á tratar de cumplir con ellos de la mejor manera posible.

*D. Juan de Austria* no es la obra mas perfecta de Delavigne, y como que se resiente de la falta de movimiento que es peculiar de la tragedia clásica. Si esto echamos de ver en el dia, ¿cuánto mas no debió notarse en los tiempos de su aparicion en la escena francesa, cuando el desenfrenado romanticismo vivia á sus anchas, cuando las exigencias del público eran tan diversas como exageradas? A semejante motivo debemos atribuir sin duda el que no alcanza-se un grande éxito en Paris este drama, y quizas á la misma que hasta ahora no haya merecido el honor de representarse en los teatros de Madrid la escelente traduccion de Larra, si bien no falta quien pretenda que influyó otra causa mas mezquina y reprecensible. Así como no caben en un mismo cuadro tres figuras igualmente colosales, sin que alguna tenga que aparecer en segundo término, y oscurecida, así tampoco caben en la escena sin que el uno eclipse al otro, sin que se choquen, sin que no estén con la indispensable holgura, tres personajes tan importantes como Carlos V, Felipe II y D. Juan de Austria. Cada uno de ellos tiene bastante valor histórico para ser protagonista, y ninguno puede serlo á medias con los demas; la pintura de cualquiera de los tres absorve demasiado espacio, y la sombra que proyecta es harto grande para no oscurecer al que esté inmediato. No es posible, pues, hacer episódico, ó colocar al ménos en segundo término á ninguna de estas colosales figuras, sin que se falte á la verdad y á la exactitud necesarias; no es posible tampoco que todas ellas esciten el interes que ha menester cada cual, ni que giren y se muevan en su propia órbita con la independendencia indispensable. Así, el gran monarca que fué á encerrar su gloria y su poder en el monasterio de Yuste, es un monge comun aunque sagaz, que no conserva sobre su frente el sello de la corona inmensa que sostuvo por tantos años, y cuya cabeza no circunda la doble é inestinguible aureola de guerrero y de soberano. Así, Felipe II es un hombre vulgar, pintado con los mismos colores con que han solido retratarle los autores estrangeros; y lo que es mas, sin dignidad, sin grandeza y sin carácter propio. D. Juan de Austria, es la figura ménos pálida, no es el mancebo simpático y generoso de quien nos habla la historia; no es el valeroso capitan que admiramos en ella; no es el hijo del emperador, ni el hermano del que fundó el Escorial.



Si de tamaños defectos adolece esta parte tan principal en obras de su índole, júzguese si puede escitarse el interes con tan viciados elementos. El espectador no se aficiona á los personajes, por igual razon que nadie se enamora de una máscara por linda que sea; por eso dice sucesivamente á cada cual: «Tú te llamas Carlos V. porque estás en un monasterio y has sido rey; y no tienes ninguna de las dotes de aquel gran soberano.» — «Tú llevas el traje de Felipe II, y quieres imitar su apostura, pero no consigues que te creamos.» Y en fin, á D. Juan de Austria que es el hijo y el hermano de los otros dos, niégasele que sea el vencedor de Lepanto, porque los otros no son los que pretenden ser.

Quizás esta definicion es demasiado vulgar, pero no es ciertamente menos exacta. Cuando el público duda de la legitimidad de un personaje es muy difícil interesarle ó conmoverle; y cuando este personaje es tan conocido, no es posible engañar ni estraviar sus instintos naturales. Esto con respecto á los caracteres: espongamos algo acerca de la accion.—Lo mismo que hemos dicho de aquellos puede aplicarse á esta; que es demasiado trivial, que es demasiado *cándida* para una produccion en que suenan nombres tan grandes como los que ya saben nuestros lectores. Todo el argumento de *D. Juan de Austria* gira sobre la pasion que inspira al monarca español y á su hermano, una misma muger, una judia. ¿Necesitaremos insistir sobre lo absurdo que es ver como uno de los políticos mas profundos que han existido nunca, se abandona locamente á un amor juvenil y descuida los intereses de su reino, y falta á la ley de su dignidad, para andar como un niño detrás de una muger cualquiera? ¿Necesitaremos tampoco protestar contra aquel retrato del monge de Yuste, que ha perdido todo su poder en el claustro, y que vive allí como si no fuera quien siempre es? Nadie, nadie reconoce á los que se ha querido pintar; porque los que fueron gigantes, y lo son eternamente, en las severas páginas de la historia, se nos presentan como miserables pigmeos; el leon que ruge y que amenaza, es aquí un reptil venenoso, que se destiza con sigilo para ahogar á su víctima.

Nosotros somos mas indulgentes cuando se calumnia á un personaje de la antigüedad haciéndole odioso, que cuando solo se le hace mezquino y repugnante: el *Felipe II* de Schiller es una creacion, aunque monstruosa; el de Delavigne es una caricatura risible. El uno le engrandece; el otro le rebaja; el poeta alemán le presenta como un tirano; el autor francés como un imbécil; respóndasenos cuál es preferible.

No hay colorido de la época en el drama que analizamos, como no hay tampoco colorido nacional en ella. ¿Consiste este acaso en hablar á cada momento de Santos de fé, del santo oficio, y de la persecucion de los judíos? ¿Es D. Rodrigo Quesada, cual el autor llama al que cuidó de la infancia de don Juan, aquel hidalgo castellano de quien nos hablan la crónica y la tradicion como modelo de las virtudes caballerescas?...

No llevaremos mas lejos nuestra crítica, aunque tan ancho campo teniamos para ella: basta lo apuntado para que se infiera con cuánta razon calificamos la obra de Delavigne de débil y pálida. No importa que encierre algunos detalles bellísimos; que esté superiormente escrita, ni que abunde en toques delicados: tambien el carácter del novicio es notable por su gracia, por su novedad, por la exactitud: pero en una produccion dramática, lo último son los accesorios: la falta de estos no puede influir absolutamente, ni por el contrario constituir la bondad de ella. = La traduccion del inimitable Figaro



es un modelo de correccion, de pureza y de inteligencia. En la ejecucion se distinguieron Teodora Lamadrid y otra jóven encargada del papel de Pablo, y que en esa noche echó los cimientos para su futura reputacion. La señora Duran descubre preciosas cualidades, grande naturalidad sobre todo, y puede ser una actriz distinguida en el género cómico.

Tristes salimos del teatro: drama nuevo, dos nombres ilustres en el cartel, y sin embargo, la entrada fué mezquina! Nosotros felicitamos, empero, á la empresa por el tributo que ha pagado á la memoria de Larra y de Delavigne: ya que no le resulte provecho, siempre le quedará por ello merecida gloria.

RAMON DE NAVARRETE.

(Heraldo.)

La distinguida poetisa barcelonesa, Sra. doña Josefa Massanés, cuya composicion titula *El Beso Maternal*, alcanzó hace algunos años el honor bien poco comun, de ser traducida en las lenguas mas cultas de Europa, y aun de ser recomendada por el gobierno de los Estados- Unidos á todas las escuelas primarias de la confederacion anglo-americana, hallándose próxima á regresar á su pais natal acaba de escribir la composicion que hoy con el mayor placer ofrecemos á nuestros lectores, seguros de que leerán con complacencia este sentido voto ó anhelo poético con que se despide de la corte una de nuestras mas ilustres poetisas:

¡ OH PADRE MIO !

¡ Vivir ! triste es vivir si no habitamos  
el lugar de la tierra en que nacimos,  
y en apacible bienestar crecimos  
en los brazos y amor de los que amamos.

Triste es vivir sin ver el cielo puro,  
ni el insondable mar que le retrata  
con sus espumas de bullente plata,  
bañando inquietas el paterno muro.

Triste es pensar que en el nativo suelo,  
del que me separó destino impío,  
yace mi madre en su sepulcro frio,  
y el padre mio sufre sin consuelo.

Venturoso el mortal que no ha dejado  
el lugar de la tierra en que ha nacido,  
y mece el hijo alli do fué él mecido,  
y do su padre estuvo está él sentado :

Porque tranquilos correrán sus dias



como arroyo que el cauce no desborda,  
cuya orilla florido cespèd borda,  
y purísimas son sus aguas frías.

Yo volé en alas del amor de esposa  
al tierno seno del consorte amado,  
abandoné á mi padre venerado  
y el feraz suelo de mi patria hermosa.

Desde entonces ¡ay triste y sin ventura!  
vivo ( perdone amor ) en agonía ;  
la luz del sol mi ardiente sangre enfria  
y aumenta mi penar la noche oscura.

En las flores no encuentro grata esencia,  
el airè que respiro me sofoca,  
la sonrisa no baña ya mi boca,  
y el desaliento mina mi existencia.

Quiero huir la ambicion que me amedrenta  
y á la razon deslumbra con su brillo,  
quiero de miedo alzar canto sencillo  
en mi pais natal, libre y contenta.

Y respirar el aire embalsamado  
de sus agrestes bosques y montañas,  
y recordar en ellas las hazañas  
del valor catalan, nunca domado.

Y al pisar de sus playas las arenas,  
tostadas por un sol sin nube alguna,  
quiero ver al fulgor de amiga luna  
de la sin par Barcino las almenas.

Sí, las veré, veré la vaga tinta  
que á distancia de nos sus muros toman,  
con las torres altísimas que asoman  
desperfilando la parduzca cinta.

Que un gran pueblo nos miente en lontananza,  
y á la columna de humo que se eleva  
del recintó fabril, y el viento lleva,  
y en flotante espiral al éter lanza.

Y miraré el cimborio que corona  
el templo do al Señor rendí mi llama,  
con la marmórea y alusiva fama ( 1 )  
que publica el poder de Barcelona.

( 1 ) La estatua con que termina la aduana.



Veré el pardo Monjuich, siempre dispierto,  
enemigo ó amigo belicoso,  
cual centinela ríjido y celoso,  
con ojos de metal guardar el puerto.

Y cual boton de acuátíl azucena  
que la brisa estival cimbra é inclina,  
en barco pescador, vela latina,  
divagar por el mar boyante y llena.

Partiré, partiré; sagrado cielo!  
me llama el padre que me dió la vida;  
ya dobla la cabeza encanecida,  
y en mi ternura cifra su consuelo.

Debo partir, pues cada instante breve  
que me roba á su amor la suerte ingrata,  
de su existencia un soplo le arrebatá,  
y un siglo de mi dicha en ella embebé.

Véale yo otra vez, sienta su palma  
estendida temblar sobre mi frente,  
al implorar de Dios su amor ferviente,  
eterna bendicion para mi alma.

MARIA JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

Madrid y agosto de 1844.

(Id.)

